

RELATOS NÁUTICOS

Luz de Mar



Pablo Lorente de Nó

*Si ves una estrella fugaz pide un deseo...
y haz que se cumpla.*

Muchos deseos había pedido, a muchas estrellas. Este año, uno de esos deseos, quizá el más limpio e infantil, y por eso el único que, sin saberlo, los contenía a todos, se ha cumplido. Mi deseo se llama Salino y es un barco de vela. Porque, desde niño, el mar me atrae de una manera especial y porque a bordo de un barco disfruto como no lo hago en tierra. Pero, quizá no sea de deseos y de estrellas de lo que quiero hablar...





Salino estaba esperándome al oeste de Grecia, en Préveza a unas 70 millas al noroeste de Lepanto, donde en 1571 cambió la Historia y el Imperio Otomano perdió la disputa por el dominio del Mediterráneo. En aquel mismo lugar, en mayo de este año, yo inicié otra batalla, una de más de mil millas, desde Préveza hasta mi querida Altea. Una batalla para conocer a mi barco, comprenderlo, escucharlo e interpretar cada crujido y cada flameo de sus velas. Mil millas para abrir tambuchos y reconstruir la otra vida de Salino, transcurrida junto a otro amigo que no era yo y que usaba mantelitos individuales bordados y vasos de whisky de cristal tallado que no eran míos. Un amigo anterior, tan distinto a mí, pero con el mismo deseo y las mismas estrellas. Pero, quizá, nuevamente, no sea de estrellas, ni de copas de whisky de lo que quiero hablar.

Recorrimos el camino a casa, Salino y yo, en varias etapas y con diferentes tripulaciones. Cada jornada fue maravillosa, pero guardo algunos recuerdos como un tesoro, si cabe, aún más preciado y creo que merece la pena dejarlos escritos aunque sea para acabar hablando de otra cosa.

Navegamos de Préveza a Corfú, de Corfú a Santa María di Leuca, en Italia, pero no nos dieron amarre y tuvimos que cruzar el Golfo de Taranto (unas ocho horas más) hasta Crotona. De Crotona fuimos a Roccella Ionica y de ahí al sureste de Sicilia, a Siracusa.

Desde Siracusa teníamos intención de fondear en Estrómboli o en alguna de las Islas Eólicas antes de seguir hacia el sur de Cerdeña hasta llegar a Mahón en Menorca, pero rompimos las cintas del puño de escota de la mayor y tuvimos que recalar en Riposto, unas millas al norte de Catania. Reparar la vela nos llevó dos días y ya con un poco de prisa, nada bueno en el mar, donde hay que actuar "sin prisa pero sin pausa", arrumbamos sin escalas previstas a Carloforte, una isla al suroeste de Cerdeña. Hacía buen tiempo y navegábamos de día y de noche sin parar y teníamos que turnarnos para hacer guardias.

Cruzar el Estrecho de Mesina es una experiencia inolvidable, las fuertes corrientes y los remolinos que se forman entre los mares Jónico y Tirreno en su encuentro pusieron el barco a 12 nudos de velocidad SOG del GPS. A la caña parecía que la mano de Poseidón intentaba mover desde el mar la pala del timón de banda a banda, nunca olvidaré esa sensación.

Las guardias de noche pueden ser cansadas, puede que haga frío y que llueva, pero hay veces que son mágicas y una noche entre Sicilia y Cerdeña lo fue. El cielo lejos de tierra sin nubes en una noche clara y una vez que se ha puesto la luna está lleno de estrellas y nebulosas. No son unas pocas estrellas medio apagadas sino una textura nítida donde se distinguen incontables astros, las distancias, las diferentes intensidades de luz y los



colores. Llega a dar vértigo. Además esa noche nos reservaba un regalo único.

Con el mar en calma avanzábamos a motor y súbitamente en la estela, debido a las turbulencias de la hélice, comenzaron a brotar esferas luminosas del tamaño de una bola de billar. Eran de color verde y se distinguían a muchos metros por la popa del barco dando la apariencia a nuestra estela de una senda moteada de luces. Era un espectáculo de la naturaleza de una belleza extraordinaria. Eran peridíneos, una clase de flagelados marinos que constituyen un componente esencial del plancton y algunas especies son luminiscentes (Noctiluca). Hubo un momento en que empezamos a ver en el mar puntitos rojos que brillaban con las luces de navegación del balcón de proa; eran miles de calamares. Y de repente apareció una manada de delfines que empezó a darse un banquete con los pequeños invertebrados y al nadar provocaban la reacción que producía la bioluminiscencia de los dinoflagelados y el resultado era alucinante. Los delfines se convertían en seres

fosforescentes, fantasmagóricos, que se podían ver perfectamente bajo las aguas oscuras a varios metros de profundidad y que dejaban tras de sí un dibujo de sus evoluciones al nadar alrededor del barco y al sumergirse haciendo tirabuzones mientras se alimentaban. Pero no sé si era de peridíneos, luminiscencias, delfines y otras visiones compartidas de lo que quería hablar.

Puede que sean momentos como estos por lo que me gusta tanto navegar, pero creo que además es porque aprender a navegar fue para mí como un juego y aunque no sea un juego fácil, como en todos, hacen falta amigos para jugar. Creo que todos esos amigos con los que comparto estos recuerdos, estas estrellas y deseos, estos vasos de whisky, esta y tantas travesías, con sus contratiempos y reparaciones, sus delfines y destellos, son el principal motivo de mi pasión por el mar. Así que, al final, quizá era de esto, del mar y la amistad que se va tejiendo mientras navegamos, lo que yo quería compartir.

¡Salud y millas!